

Émile Zola



Una página
de amor

Hélène Grandjean vive en París, con su hija Jeanne. Su esposo murió poco después de su llegada a la capital. Hélène es una mujer muy guapa que suscita la admiración de los hombres pero a ella lo único que le importa es su hija, una niña de frágil salud. Una noche en que Jeanne enferma Hélène pide ayuda a su vecino, el doctor Deberle quien salvará posiblemente a la chica de esta noche de angustia, pero se llevará en su corazón la imagen de Hélène. París va a ser el testigo de este amor imposible...

Es una novela «menor» en el ciclo de Rougon, un paréntesis después de *La Taberna* (un gran escándalo) y antes de *Nana*. Aquí, el protagonista es París. La novela está compuesta por cinco partes que finalizan con una descripción de la gran ciudad, que devuelve al personaje que lo mira su propio estado de ánimo.

El desarrollo de la novela durante el siglo XIX tiene en Francia su escenario característico. En otras naciones (Inglaterra, Rusia) se dan también muestras extraordinarias del arte novelístico, pero en ninguna asistimos a un proceso tan articulado, de tan permeabilizada trabazón, como el manifiesto en Francia. Por algún tiempo, comparado a Flaubert, Balzac y Stendhal, Zola ha sido objeto de cierto desvío por parte de la crítica, atenta —o limitada— a los primores del estilo. Y ello no obstante los elogios de un André Gide o de un investigador tan lúcido como E. Anerbach. En rigor, lo importante es no olvidar que Zola inserta su contribución en un proceso que conviene considerar en su conjunto. No hay duda de que La Comédie Humaine de Balzac gravitó en las intenciones de Zola. Su ambición, ante ejemplo tan acabado de universo narrativo, no se podía proponer una empresa menor. Su relación de los Rougon-Macquart, «historia natural y social de una familia bajo el Segundo Imperio», quiere ser una correspondencia —y una superación— de los logros balzacianos. Por su determinismo científico, se le ha achacado un estrechamiento del horizonte personal en sus protagonistas. Ciertamente, los elementos abstractos, generales (la ciudad, la mina, el almacén, el mercado), vienen a ser los auténticos personajes de sus novelas, pero nadie podrá negar que el industrialismo capitalista presenta en esas entelequias, progresivamente ingratas, su sello indiscutible.

Hijo de un ingeniero italiano, la temprana muerte de su padre lo sujeta a una formación en la que ha de valerse por sí mismo tempranamente. Su inteligencia le lleva a ocupar

un cargo importante en el departamento de publicidad de la casa Hachette. Ya en 1870 tiene en marcha el vasto proyecto de los Rougon-Macquart (recordemos, entre algunos títulos, *Le ventre de París*, *La faute de l'abbé Mouret*, *L'assommoir*, *Nana*, *Germinal*, *La terre*, *La bête humaine*). Pronto es un autor de éxito, y en torno suyo centra toda una orientación literaria que cambiará de signo al concluir el siglo y que, precisamente, llevará a conceder cierto aire de cosa parecida a su obra; y ello, vale la pena insistir, por los rasgos anticipadores de enfrenamiento político que presenta. A la voz de Zola, incómoda, quería acallársela; y si el pretexto era «artístico», tanto mejor. Su defensa del capitán Dreyfus ya había polarizado una zona de la opinión nacional, laica y republicana, opuesta a la Iglesia y al Ejército. *Une page d'amour* (1877), escrita durante unas vacaciones, constituye un ejemplo muy revelador de su técnica. Subyacente al ramalazo amoroso —solidariamente erótico— entre Hélène y Enrique, lo que vibra es París, el curso mismo de la vida, impasible y cambiante a la vez. La vida tiene sus exigencias, y la propia consideración del periplo individual demuestra hasta qué punto somos resultado del condicionamiento. En el caso de Hélène, su amor por Jeanne, la pobre niña condenada, es su propia limitación y la máscara, por supuesto verdadera, que oculta sus deseos reprimidos. En una vida gris como la suya, bajo el signo del agradecimiento, el amor sólo puede ser un episodio. (Naturalmente, Zola concebía los conflictos en un nivel aproximado al que ofrecería una estadística media reveladora de la colectividad.) Favores, estado de viudez y concepción de su personalidad como precipitado donde convergen los intereses de los demás, delimitan la órbita de acción de Hélène. Y, con todo, sobrevive. Con un fatalismo innegable, pero al mismo tiempo con un asentimiento a la vida que, quizá concebida «en bruto» con exceso, no deja por ello de reclamar los derechos de endurecer, de superar sufriendo sus mismas dificultades. Y, siempre palpitante o amenazador,

un París «animado» por una sensualidad envolvente, trasunto a lo largo del libro de esta impasibilidad que progresivamente envolverá al hombre contemporáneo. La ciudad, un tema característico de las letras actuales, aparece perfectamente tratada por el gran escritor naturalista.

Nota preliminar

Une page d'amour no figuraba en la primera lista establecida en 1868 de las novelas que habían de constituir la serie de *Les Rougon-Macquart. Histoire naturelle et sociale d'une famille sous le Second Empire*, ni tampoco en el plan establecido al año siguiente por el editor Albert Lacroix. *Une page d'amour*, según escribe el mismo Zola, debía ser «una especie de entreacto sentimental» que intercaló entre *L'assommoir* y *Nana*. Esto explica la multitud de ediciones independientes de *Les Rougon-Macquart* que de *Une page d'amour* se han publicado.

El propósito de Zola era explicar la historia general del amor «de nuestro tiempo, sin mentiras de poeta ni prejuicios de realista». Edmondo d'Amicis, en sus *Souvenirs de Paris et de Londres*, cuenta que, preparando su novela, Zola exclamó: *Je ferai pleurer tout Paris*.

Sin entrar en el análisis de la obra (que puede corresponder al prologuista y al crítico), haremos notar una única particularidad respecto al personaje principal. En sus notas, en sus primeros esbozos, su nombre es *Agathe*; pero, a medida que la heroína va cobrando cuerpo, aparece alta, soberbia, correcta: *un profil romain, une Junon châtaine*. El nombre de *Agathe* sugería muy poco: al escribir la tercera parte del libro, *Agathe* se convierte en *Hélène*.

Primera parte

I

La lamparilla, en su cuernacilla azulada, ardía sobre la chimenea, tras un libro cuya sombra oscurecía la mitad de la habitación. Daba una claridad tranquila que recortaba el velador y el canapé, perfilaba los amplios pliegues de los cortinones de terciopelo y azuleaba el espejo del armario de palisandro colocado entre las dos ventanas. La armonía burguesa de la pieza, el azul del tapizado de los muebles y de la alfombra, a esta hora nocturna, adquirirían una indecisa suavidad de nube. Frente a las ventanas, en la parte en sombra, la cama, igualmente cubierta de terciopelo, formaba una masa negra, iluminada solamente por la palidez de las sábanas. Hélène, con las manos cruzadas, respiraba suavemente en una actitud tranquila de madre y de viuda.

En medio del silencio, el reloj dio la una. Los rumores del barrio habían muerto. Hasta estas alturas del Trocadero, París enviaba tan sólo su lejano ronquido. La leve respiración de Hélène era tan suave, que no llegaba a agitar la línea casta de su pecho. Dormitaba en un sueño delicioso, tranquilo y firme, con su perfil correcto, sus cabellos castaños firmemente anudados, la cabeza inclinada, como si se hubiese dormido mientras estaba escuchando. Al fondo de la habitación, la puerta de un gabinete, abierta de par en par, agujereaba la pared con su cuadro en tinieblas.

No subía el menor ruido. Dio la media. El sueño que embargaba y anonadaba la habitación entera hacía más débil el latido del péndulo. La lamparilla dormía, los muebles dormían; encima del velador, junto a una lámpara apagada,

dormía una labor femenina. Hélène, dormida, conservaba su grave gesto de bondad.

Cuando dieron las dos, esta paz se turbó; de las tinieblas del gabinete salió un suspiro. Luego hubo un arrugar de ropas y volvió el silencio. Pero ahora se percibía una respiración oprimida. Hélène no se movía. Mas de repente se incorporó. Un balbuceo confuso de niño que sufre acabó de despertarla. Se llevó las manos a las sienes, todavía adormilada, cuando un grito apagado la hizo saltar sobre la alfombra.

—¡Jeanne!... ¡Jeanne!... ¿Qué te pasa? ¡Contesta! —ordenó.

Y, como la chiquilla se callara, murmuró, mientras corría para coger la lamparilla:

—¡Dios mío!, no se sentía bien; no debí acostarme.

Entró precipitadamente en la pieza vecina, donde reinaba un pesado silencio. La mariposa, anegada en aceite, daba una claridad temblorosa que sólo reflejaba, en el techo, una mancha redonda. De momento Hélène, inclinada sobre la camita de hierro, nada pudo distinguir. Luego, en la azulada claridad, en medio de las sábanas rechazadas, vio a Jeanne rígida, con la cabeza traspuesta, los músculos del cuello firmes y tensos. Una contracción desfiguraba el pobre y adorable rostro, cuyos ojos abiertos estaban fijos en el remate de las cortinas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —exclamó—. ¡Dios mío, se está muriendo!

Y, dejando la lamparilla, palpó a su hija con manos temblorosas. No logró encontrar el pulso. El corazón parecía detenerse. Los bracitos y las piernecillas se tensaban violentamente. Entonces, aterrorizada, se sintió enloquecer y balbuceó:

—¡Mi niña se muere! ¡Socorro!... ¡Mi niña! ¡Mi niña!

Regresó a su dormitorio dando vueltas, tropezando, sin saber hacia dónde iba; luego volvió al gabinete y se lanzó de nuevo hacia el lecho sin dejar de pedir socorro. Había

cogido a Jeanne en sus brazos y le besaba los cabellos, recorriendo con las manos todo el cuerpo suplicándole que contestara. Una palabra, tan sólo una palabra. ¿Dónde le dolía? ¿Quería un poco de la medicina del otro día? Tal vez el aire la reanimaría... Y se empeñaba en querer oírla hablar.

—¡Dime, Jeanne, dime! ¡Por favor!

¡Dios mío!, sin saber qué hacer; así, de repente, en medio de la noche. Ni siquiera una luz. Sus ideas se barajaban; seguía hablando a su hija, preguntando y respondiendo por ella. Sería algo del estómago o de la garganta; no sería nada; debía calmarse. Hacía un gran esfuerzo para conservar la serenidad; pero la impresión que le causaba su hija, rígida entre sus brazos, le revolvió las entrañas. La veía convulsa y sin aliento; intentaba razonar, resistir al impulso de gritar; pero de pronto, a pesar suyo, gritó.

Cruzó el comedor y la cocina llamando:

—¡Rosalía! ¡Rosalía!... ¡De prisa, un médico!... Mi niña se muere...

La criada, que dormía en un cuartucho detrás de la cocina, lanzó una exclamación. Hélène se había vuelto corriendo. Pataleaba en camisa, sin que pareciera notar el frío de la glacial noche de febrero. ¡Esta criada dejaría morir a su hija! Apenas había transcurrido un minuto; fue de nuevo a la cocina, volvió a su cuarto. Rápidamente, a tientas, se puso una falda y echó un chal sobre sus hombros. Tropezaba con los muebles, llenaba con la violencia de su desesperación aquella pieza donde durmiera una paz tan recoleta. Luego, en zapatillas, dejando las puertas abiertas, descendió ella misma los tres pisos con la idea de que sólo ella lograría traer un médico.

Cuando la portera hubo tirado del cordón, Hélène se encontró en la calle, zumbándole los oídos, perdida la cabeza. Descendió rápidamente por la calle de Vineuse y llamó a casa del doctor Bodin, que ya había cuidado a Jeanne. Una sirvienta, al cabo de una eternidad, vino a decirle

que el doctor había ido a atender a una mujer que estaba de parto. Hélène se quedó como atontada en la acera. No conocía a otro doctor en Passy. Por unos instantes, recorrió las calles mirando las fachadas. Soplaban un airecillo helado; caminaba con sus zapatillas sobre una nieve ligera que había caído por la tarde. Veía ante ella constantemente a su hija y se le ocurrió la angustiosa idea de que era ella la que la estaba matando si no lograba un médico en seguida. Entonces, al subir por la calle de Vineuse, se colgó del cordón de una campanilla. Podía preguntar, y quizá le darían alguna dirección. Llamó de nuevo porque no se apresuraban bastante en abrir. El viento aplastaba la ligera falda contra sus piernas y los mechones de su pelo volaban a su merced.

Por fin, un criado vino a abrir y le dijo que el doctor Deberle estaba acostado. ¡Había llamado en casa de un doctor! Esto quería decir que el cielo no la abandonaba. Empujó al criado para entrar, repitiendo:

—¡Mi niña! ¡Mi niña se muere!... Dígame que venga.

Estaba en un hotelito lleno de tapices. A empujones, subió al piso luchando con el sirviente, contestando, a todas sus observaciones, que su niña se estaba muriendo. Llegados a una habitación, se avino a esperar; pero, en cuanto oyó que el médico se levantaba, se acercó y le habló a través de la puerta.

—¡De prisa, señor, se lo ruego!... ¡Mi niña se muere!

Cuando el médico apareció, de americana, sin corbata, le atrajo hacia sí sin permitir que acabara de vestirse. Él la había reconocido. Habitaba en la casa de al lado y era su inquilina. También en ella, cuando él le hizo cruzar un jardín para acortar el camino pasando por una puerta de comunicación que había entre las dos viviendas, algo despertó en su memoria repentinamente.

—Es verdad —murmuró—; es usted médico, y yo lo sabía... Ya ve usted cómo me volví loca. Démonos prisa.

En la escalera quiso que él pasara delante. No hubiese llevado a su casa al Santísimo con mayor devoción. Arriba, Rosalía había permanecido junto a Jeanne y había encendido la lámpara colocada encima del velador. En cuanto el médico entró, cogió esta lámpara para iluminar vivamente a la niña, que conservaba una rigidez dolorosa; sólo la cabeza había resbalado, y rápidas convulsiones crispaban su rostro. Durante un minuto, nada dijo, frunciendo los labios. Hélène le miraba ansiosa. Cuando el médico se dio cuenta de esta mirada de madre que le imploraba, murmuró:

—No será nada... Pero no debemos dejarla aquí: necesita aire.

Hélène, con gesto pronto, se la llevó en brazos. Hubiese besado las manos de este médico por sus buenas palabras; una dulce calma se apoderó de ella. Pero, en cuanto puso a Jeanne en su gran lecho, este pobre cuerpecillo de chiquilla se agitó en violentas convulsiones. El médico había quitado la pantalla de la lámpara y una blanca claridad llenaba la estancia. Fue a abrir una ventana y ordenó a Rosalía que sacara el lecho fuera de las cortinas. Hélène, angustiada de nuevo, balbuceaba:

—¡Pero es que se muere, señor!... Véalo, véalo... ¡Ni me parece la misma!

Él no contestó, siguiendo el acceso con atenta mirada. Luego dijo:

—Entre en la alcoba; sujétele las manos para que no se arañe... Así, suavemente, sin violencia... No se inquiete; es necesario que la crisis siga su curso.

Y los dos, inclinados sobre la cama, sujetaban a Jeanne, cuyos miembros se distendían con bruscas sacudidas. El médico había abrochado su americana para ocultar el cuello desnudo. Hélène permanecía oculta, envuelta en el chal que había echado sobre sus hombros. Pero Jeanne, debatiéndose, tiró de un extremo del chal y desabrochó el cuello de la americana. Ni siquiera se dieron cuenta: ni el uno ni el otro se veían.

Entre tanto, el acceso declinó. La pequeña pareció hundirse en un gran decaimiento. El médico, aun cuando tranquilizaba a la madre sobre la marcha de la crisis, seguía preocupado. No dejaba de mirar a la enferma y acabó haciendo breves preguntas a Hélène, que permanecía de pie al lado de la cama.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Once años y medio, doctor.

Hubo un silencio. Bajando la cabeza, se inclinó para levantar el párpado cerrado de Jeanne y mirar la mucosa. Luego siguió su interrogatorio, sin levantar los ojos hacia Hélène.

—¿Tuvo convulsiones siendo más pequeña?

—Sí, señor; pero estas convulsiones desaparecieron hacia la edad de seis años... Es muy delicada. Hace algunos días que se la ve intranquila. Ha tenido calambres, momentos de ausencia...

—¿Sabe usted si hubo enfermedades nerviosas en su familia?

—Lo ignoro... Mi madre murió del pecho.

Dudaba, avergonzada, sin querer confesar la existencia de una abuela encerrada en un manicomio. Toda su ascendencia era trágica.

—Tenga cuidado —dijo de pronto el médico—: va a sufrir un nuevo ataque.

Jeanne acababa de abrir los ojos. Por un instante miró a su alrededor con aire extraviado, sin pronunciar una palabra. Luego su mirada quedó fija y su cuerpo se inclinó hacia atrás con los miembros tensos y rígidos. De pronto palideció con una palidez lívida y las convulsiones volvieron a manifestarse.

—No la suelte —dijo el doctor—. Cójale la otra mano.

Corrió hacia el velador sobre el cual, al entrar, había dejado un pequeño botiquín. Volvió con un frasco que hizo respirar a la chiquilla. Pero esto causó el efecto de un terri-

ble latigazo. Jeanne dio tal sacudida, que escapó de las manos de su madre.

—¡No, no, nada de éter! —gritó ésta, advertida por el olor—. El éter la pone como loca.

Apenas los dos lograron mantenerla sujeta. Hacía violentas contracciones, apoyada en los talones y en la nuca, como plegada en dos. Luego caía de nuevo, agitándose en un balanceo que la lanzaba hacia los dos bordes de la cama. Tenía los puños apretados, con el pulgar doblado hacia la palma; por momentos los abría y con los dedos separados buscaba coger objetos en el vacío para retorcerlos. Encontró el chal de su madre y lo agarró fuertemente. Pero lo que por encima de todo atormentaba a Hélène era, como decía, que no reconocía a su hija. Su pobre ángel, de carita tan dulce, tenía los rasgos traspuestos, los ojos perdidos en las órbitas, mostrando su nácar azulado.

—Haga algo, se lo ruego —murmuró—. Ya no me quedan fuerzas, señor.

Acababa de acordarse de que la hija de una de sus vecinas, en Marsella, había muerto ahogada en una crisis parecida. Tal vez el médico la engañaba para tranquilizarla. A cada segundo le parecía recibir en la cara el último hálito de Jeanne, cuya entrecortada respiración se detenía. Entonces, desgarrada, trastornada por la compasión y el terror, lloró. Sus lágrimas cayeron sobre la desnudez de la niña, que había rechazado los cobertores.

Entre tanto, el doctor, con sus dedos largos y flexibles, presionaba ligeramente la base del cuello. La intensidad del acceso disminuyó. Juana, después de algunos movimientos más pausados, quedó inerte. Estaba en medio de la cama, con el cuerpo tendido, los brazos estirados, la cabeza sostenida por la almohada e inclinada sobre el pecho. Hélène se agachó y la besó largamente en la frente.

—¿Se terminó? —preguntó a media voz—. ¿Cree usted que habrá nuevos ataques?

El médico hizo un gesto evasivo; luego respondió:

—En todo caso, los otros serán menos violentos.

Había pedido a Rosalía un vaso y una jarra de agua. Llenó la mitad de un vaso, cogió dos nuevos frascos y contó unas gotas. Con el auxilio de Hélène, que levantaba la cabeza de la niña, introdujo entre sus dientes apretados una cucharada de esta poción. Ardía intensamente la lámpara y, con su blanca llama, iluminaba el desbarajuste de la habitación, cuyos muebles estaban en desorden. Las ropas que Hélène, al acostarse, había echado al respaldo de una butaca, habían caído al suelo y barrían la alfombra. El doctor, que había pisado un corsé, lo recogió para no tropezar de nuevo con él. Un perfume de verbena emanaba de la cama deshecha y las esparcidas ropas. Era como una exhibición violenta de toda la intimidad de una mujer. El doctor fue por sí mismo a buscar una jofaina, empapó un paño y lo aplicó en las sienes de Jeanne.

—Va usted a resfriarse, señora —dijo Rosalía, que estaba tiritando—. Tal vez se podría cerrar la ventana. El aire es muy frío.

—No, no —gritó Hélène—; deje la ventana abierta... ¿Verdad, doctor?

Entraban pequeñas bocanadas de aire agitando las cortinas. Ella ni las notaba, a pesar de que el chal se había deslizado por completo de sus hombros, descubriendo el nacimiento del pecho. Por la espalda, el moño, deshecho, dejaba colgar los locos mechones, que llegaban hasta su cintura. Había descubierto sus brazos desnudos para estar más presta, olvidándose de todo y sin más preocupación que la de su hija. Ante ella, el atareado médico tampoco pensaba en su chaqueta abierta ni en el cuello de su camisa que Jeanne acababa de arrancar.

—Levántela un poco —dijo—. No, así no... Déme usted la mano.

Le cogió la mano y la puso él mismo bajo la cabeza de la niña, a la que quería hacer tomar una cucharada del medicamento. Luego la llamó a su lado. Se servía de ella co-